Sombras en la soledad

Jose Campoy Delgado

Capítulo 1

Abrí los ojos, apagando la luz de mi alma. Un halo de oscuridad me cegó de primeras, sin saber dónde me encontraba. Tendido sobre un viejo y desgajado sofá, miré a mi alrededor para hallar respuesta alguna. Un indomable silencio reinaba en aquel lugar, carente de apenas luz y vida. Nunca había sentido tan apagado el comedor de mi propio apartamento. Casi a ciegas me incorporé, y tanteando los muebles del salón me aproximé al rincón donde recordaba había una ventana. Agarré la cinta para subir la persiana, pero apenas logró ascender dos palmos. Suficiente para conseguir ver algo más que la nada. Pulsé el interruptor, pero parecía no haber luz en el hogar.
No recordaba haber cerrado la puerta del salón, aunque realmente no recordaba nada.
Crucé al pasillo de la estancia en busca del cuadro de los fusibles cuando un hedor se apoderó del ambiente. Me tapé la boca con las dos manos para frenar la náusea que escalaba por el esófago. Aquel olor putrefacto provenía de la cocina, justo al lado del comedor. Para cuando abrí la puerta de la cocina, la podredumbre ya era insoportable y no pude evitar el vómito mientras me clavaba en el suelo. Me levanté con el apoyo de una silla y lentamente me acerqué al fregadero, donde parecía nacer el olor. Una hilera de vísceras pintaba un charco de sangre que ocupaba todo el fregadero. Retrocedí de un salto y quise gritar, pero sentí una caricia de suave frío por la nuca. Me di la vuelta con nerviosismo para encontrarme con nada. Noté las galopadas de mi corazón y el sudor helado resbalando por mis sienes. Fue entonces cuando lo escuché, una breve risilla a lo lejos, una risa femenina, cruel, gótica. El miedo empezaba a poseer mi cuerpo y no sabía qué hacer. Sin prisa, salí al pasillo y caminé sin ganas. Las dos puertas que quedaban a mi izquierda en el corredor quedaban cerradas, lo que me resultó extraño, pues no soporto las puertas cerradas. Al fondo y justo enfrente mío, quedaba un pequeño baño que también estaba cerrado, a su derecha la puerta de mi habitación estaba entreabierta, filtrando algo de luz. Un estruendo sordo me dejó boquiabierto y pegado a la pared durante segundos. La puerta de la cocina tras de mí, se había cerrado de un portazo. Una brisa empujaba suavemente la puerta de mi habitación hacia dentro y fuera, corrí hacia el cuarto sin saber muy bien el por qué lo hacía, el terror que sentía me paralizaba en mi interior. Agarré con fuerza la manivela y me aproximé al fondo de la sala.
Allí estaba, una mujer joven vestida de blanco pulcro, un vestido de novia, tendida boca arriba en el centro de la cama. Las manos cruzadas entre sí descansando en su pecho, la piel pálida y el pelo plateado medio oculto tras el velo. Me quedé observando como una estatua, sin poder realizar movimiento alguno. Ya no sudaba ni notaba los fuertes latidos, sino una extraña calma que me prohibía mirar cualquier otra cosa que no fuese la joven dama blanca. Finalmente, mis piernas respondieron y lentamente me acerqué a la cama, rodeando esta y posando mis dedos sobre las

sábanas. Algo en mí sabía que lo que me estaba sucediendo no era real, que era solo un sueño, pero mis ojos estaban bien abiertos. Algo en mí sabía que tenía que salir corriendo de allí y no volver nunca. Pero lo que hice fue inclinarme un poco para observar el rostro medio oculto tras el velo. Fui acercando mi cara a la suya inerte, y alcé la mano con un movimiento muy lento para mover el velo que tapaba aquel rostro. Mis dedos ladearon la suave tela blanquecina y pude ver la belleza de la joven de ojos cerrados. Facciones marcadas, labios bien dibujados y mueca triste describía su retrato. Aproximé el dedo índice para acariciar su mejilla, quería tocarla y sentir su maravilla fluir por mi cuerpo. La punta de mi dedo nunca tocó la pálida tez, una extraña melodía que procedía del otro lado de la casa, me interrumpió. Exhalé un suspiro sordo con fuerza, devolviéndome a mi estado de rviosismo. Dejé atrás el cuerpo sin vida de la dama blanca y regresé al umbral de la sala, frente al pasillo. La luz de la cocina parpadeaba constantemente y pude escuchar con claridad la melodía que habitaba allí. Parecía provenir de una caja musical de las antiguas, que contenían una bailarina y que giraba tras de sí al darle cuerda. Era un sonido triste y cabizbajo, me heló las venas completamente. Debía de estar loco, todo era una locura. Mientras caminaba de vuelta a la cocina me invadió un sentimiento de pesimismo, que vaticinaba el mal.

El parpadeo cesó justo al cruzar el umbral de la cocina, en su lugar, la bombilla se quedó encendida. Ya no se olía a carne podrida, no se olía a nada. Solo se escuchaba y nada más. La melodía sonaba desde el fregadero, donde antes yacían las vísceras ensangrentadas. Me detuve frente a este para observar la pequeña cajita de madera entreabierta que emitía aquella pobre sinfonía. La terminé de abrir y hallé la figura de un ángel girando sobre sí, con las alas desplegadas y brazos extendidos. No pude afrontar su mirada y cerré la cajita, cesando la música.

Un grito intensó me sobresaltó, la bombilla se rompió y el fino cristal se hizo añicos. Grité y retrocedí todo lo que pude. Prefería que algo me matara ya a soportar el escalofrío de miedo. Si algo tenía que ocurrirme necesitaba que sucediese ya. Corrí de nuevo al pasillo en busca del mal, un portazo de mi habitación retumbó en toda la vivienda. Sin dudarlo, intenté abrir la puerta que conducía a la salida de mi apartamento, pero estaba cerrada.

Golpeé la puerta con todas mis fuerzas inútilmente. La luz del pasillo se encendió. Corrí hacia el fondo para abrir la puerta de mi habitación, pero también estaba cerrada, solo podía escuchar gemidos tras la puerta, sollozos de una mujer. Yo intentaba abrir la puerta, al igual que ella por el otro lado. Golpeaba la puerta con intensidad mientras escuchaba al otro lado unas uñas arañando la puerta y unos exagerados gritos de dolor. Finalmente, los gritos cesaron y se hizo el silencio. Pude notar como lentamente la puerta del baño que quedaba tras de mí, se abría. Con el corazón a cien y tragando saliva con la fuerza de un gigante, me di la vuelta. La luz del baño se encendió tras cruzar el umbral, ahí estaba. El espejo. A la izquierda la ducha, a la derecha el inodoro. Y justo enfrente

mío, el gran espejo. Contemplé mi rostro sudado, mis ojos enrojecidos y mi jadeo ensordecedor.
Rendido, apoyé mi cabeza frente al espejo pensando en todo lo que estaba sucediendo.
No era un sueño, no era real. Debía ser el infierno. Alcé la cabeza para enfrentarme a mi propia mirada y al terror. Una sonrisa canina en el espejo se dibujaba en mi cara, Mi rostro en el espejo era tranquilo, no había sudor ni ojos enrojecidos. Solo una sonrisa que devoraba. Vestía un traje negro como la oscuridad y mis ojos no pestañeaban. Sentía que me mareaba, sentía que me iba a desplomar. Oí la puerta de mi habitación que se abría con un ligero chirrido. Sin darme la vuelta abandoné el baño marcha atrás, observando mi otro cuerpo en el espejo. Me despedía con su sonrisa maligna y un guiño de ojos.
Entré en la habitación y busqué la respuesta en la cama. Allí tendida en la misma posición que la dama de blanco, se encontraba una dama vestida de negro, con el velo tapando el rostro. Las arrugas y manchas de las manos delataban que se trataba de una anciana.
Emitió lo que sonaba como una carcajada muy floja, casi imperceptible. La puerta de la habitación quedó sellada de un portazo, caí de bruces al suelo, ya no tenía fuerzas para gritar. La persiana de la habitación a medio bajar, cedió totalmente borrando cualquier rastro de luz, mientras la risa de la dama anciana de negro sonaba cada vez más alta.
Aquella carcajada infernal taladraba mi mente, me tapé los oídos con ambas manos, seando con todas mis fuerzas que terminase. En vez de eso, y sin el cesar de la risotada, pude vislumbrar en la oscuridad, la silueta de aquella anciana incorporándose de la cama y poco a poco acercándose a mí. Vi como despegó los brazos del cuerpo y los abrió totalmente, buscando mi presencia. Sus manos se acercaron a mi cara, e intenté apartarla de mi forcejeando con las manos. Noté las arrugas de sus manos y el tacto frío como el hielo. Dejé de forcejear y decidí entregar mi alma a aquella criatura, que no debía ser otra cosa que el diablo.
Mientras escribo esto y pienso un enrevesado final para mi historia, un maligno desenlace que conduzca a las catacumbas, una de las dos velas encendidas sobre el escritorio se esfuma y deja un rastro de humo ascendiendo hacia arriba. Me estiro sobre mi sillón y suspiro, mirando el reloj de la pared. Más de las cuatro de la mañana. Solo media hora más, me digo a mí mismo.
En los últimos días apenas he conciliado el sueño. Salgo de mi habitación, cruzo el pasillo y llego hasta la cocina, al fondo. Relleno una taza de café y vuelvo a al pasillo.
Los ojos se me cierran solos. Vuelvo a sentarme en el sillón y me percato de que la otra vela se ha apagado. Doy un buen sorbo de café y vuelvo a reposar mis manos en el teclado. Releo desde el principio mi historia para comprobar que todo está bien, y es entonces cuando reparo en algo.
Me levanto del sillón y regreso al pasillo. Las puertas de las habitaciones están cerradas.
Noto el nerviosismo en mi cuerpo, y además noto detrás de mí, unos dedos helados y arrugados que se posan en mi mejilla. No puedo

moverme. Me quedo congelado en medio del pasillo. Un beso en la nuca me estremece, siento unos labios demasiado fríos.
Estoy paralizado, no puedo ni siquiera pestañear. El silencio hace que escuche hasta ruidos de la calle.
Y también escucho en mi habitación, el sonido de las teclas pulsadas fuertemente.